

Alegoría de una excursión

Carolina Ortiz Rendón

Existe un fenómeno extraño, especulativo pero registrado, que se presenta al caminar por un museo. El espacio es amplio, la información vasta y el silencio oprimiente. Ante lo sobrecogedor de grandes salones, galerías y suelos lustrados se sobrepone el interés del visitante que con tenacidad se propone atravesar exposiciones, siempre dispuesto a encontrar un mensaje profundo y bello que al arte responda.

Mantener el esfuerzo de apreciar y comprender obras para desentrañar la intención del artista en ellas es un ejercicio a contrarreloj, que con suerte puede extenderse sobre una hora hasta que pinturas en un inicio admiradas terminen por reducirse a objetos escaneados con vaga resignación. Es a lo que se nombra fatiga de museo, y es en lo que pensaba tras recorrer pisos y salones en su museo preferido que esa tarde visitaba.

Hasta conocer el término siempre había asumido que el cansancio era resultado patente de las largas caminatas que le tomaban llegar al museo, del que le distanciaban múltiples rutas en el transporte público, transbordos y paseos sigilosos por las calles del centro de la ciudad. Sin duda contribuían al peso que ahora llenaba sus zapatos al subir las escalinatas espirales de una sala a otra.

No es de extrañar entonces que ese día la fatiga le alcanzase con poderoso ímpetu, dado el extraño viaje que por un par de horas había transitado. Recorrió, aún con impacto por las eventualidades del día, la acostumbrada ronda por las salas permanentes del museo antes de dirigirse a la exposición que despertase su interés en un inicio. Los impactantes murales y arquitectura del edificio colonial que usualmente estimulaban su sensibilidad, ahora se mezclaban confusos con las gallinas y armónicas que le acompañaron gran parte del trayecto.

Una última vuelta a la escalera dejó a la vista la novedad que iba buscando, asomándose expansiones de la obra de Remedios Varo acompañadas por pretenciosas citas en grandes letras y acertados análisis en diminutos vinilos. En un día como este, todo parecía depositarle intencionadamente en contexto del surrealismo.

Su obra le llamaba por declararse opuesta a las reglas, maneras y modales sociales, llena de figuras bidimensionales y objetos fantásticos, conviviendo entre personajes que parecían inmutables por la posibilidad de salir volando. Pasando de aves brillantes a criaturas quiméricas, resultaba inevitable buscar nahuales y alebrijes que, pese a poder ser descritos igualmente como mágicos e irreales, parecían habitar ensoñaciones distintas entre la mente de la artista española en los años cincuenta y el imaginativo de los mexicanos que ese día llenaban la sala de exposiciones.

Meditando frente a su obra, rememoraba sus propias vivencias surreales. En realidad, no necesitaba llegar hasta el museo para impresionarse por escenas improbables, si con el trayecto había sido suficiente. Horas atrás salía con decisión desde su casa sin saber aún los desfiles y caminantes que bloquearían su ruta usual. Hojas de palma, flores y danzantes a medio desvestir llenaban las calles alrededor de su casa y le obligaron a buscar la parada de autobús en dirección opuesta. Resultó excepcional aquel pequeño cambio, pues desconocía las consecuencias que la ruta alternativa tendría en su día.

La falta de coches debió alertarle de la festividad cuando acababa de entrar a las calles empedradas que rodean al ayuntamiento, mas siguió adelante por la costumbre de ver las calles bloqueadas en fechas de tianguis, saturadas cada par de días con puestos de venta y el tránsito de vendedores, visitantes y turistas. Ya estaba considerando lo oportuno de desviarse por algún fermento refrescante contra el calor de media mañana, cuando le abordó el intenso aroma de flores frescas al sol y, más que escucharlas, sintió vibrar a su alrededor tambores y percusiones.

No cayó en cuenta del desfile hasta que estuvo encima suyo, pues el paso veloz y descalzo de un niño cubierto de flores le arrolló persiguiendo a un cachorro también adornado de cuentas y nueces sonoras a cada salto que daba. Por fin, alerta y sacudiéndose tras el impacto, buscó en rededor con esperanza de encontrar los paraderos de autobuses libres y despejados. Cada asiento y techo disponible, por supuesto, estaba ocupado por danzantes atando ramos, collares y penachos de palma, cargando sonajas y bloqueando el paso de cualquier automóvil.

Si bien solía tomar la ruta que atraviesa la metrópolis por sus vías más civilizadas, sabía que una ruta alterna la rodeaba en dirección contraria y podía llevarle, con un poco más de tiempo, hasta el museo. Caminó así en sentido opuesto, alejándose de la música de percusiones y pintorescas calles que cada vez se llenaban más de personas y mascotas acarreado montañas imposibles de flores y hojas brillando coloridas bajo el sol de ese verano.

Sus pies pasaron del empedrado al asfalto y, por falta de banquetas, del asfalto a pastizales apisonados por previos transeúntes, hasta que llegaron a caminos enterrados donde tan solo el paso de otras personas y camiones por la carretera indicaban que siguiendo tal vía pudiera subirse a la ruta correcta. Nada más que su motivación por admirar la exposición pasajera de la artista española le habrían permitido mantener el paso tenaz que le llevó hasta la señal de tránsito que fungía como paradero entre aquella desolación.

La vivencia del surrealismo por los artistas españoles del siglo pasado era algo que con frecuencia le intrigaba, pues en apariencia no soportaban la cotidianidad civilizada de las Europas, al punto de sentirse obligados a organizar reuniones y festejos estrafalarios que llamaron exponentes del surrealismo exacerbado hasta un estilo de vida que terminaría por quedar plasmado en sus pinturas y escrituras.

Qué consideraban ellos como surrealista era lo que ahora pretendía averiguar.

Tuvo amplio tiempo para pensar en ello esperando el autobús correcto, interrumpidas sus ideas de vez en cuando por el paso de los vehículos que levantaban polvo a escasos metros suyos y del resto de anhelantes pasajeros. Coches, colectivos y camionetas aparecían entre el terreguero, súbitamente rebasados por temerarias y ruidosas motonetas, no tan estables para llamarles motos, capaces de cargar montañas de frutas en costales o hasta seis pasajeros sostenidos entre sí por la mera voluntad de trasladarse rápidamente en aquella gran ciudad.

Precedidos por la fuerte vibración que ocasionaban a su paso, se quedaban atrás tractores de construcciones cercanas acarreando grandes piedras rojas, verdes y amarillas, exóticas esculturas de vírgenes, fuentes detalladas con cristales de mil colores y guerreros de hierro forjado, todos arrastrados desde aquellas lejanías para ser presumidos en lujosos restaurantes donde los comensales nunca los observarían como arte. Vio asimismo competir contra automóviles y tráileres a carretas que, movilizadas por caballos, eran capaces de transitar por el pavimento con su estructura de tablas adaptada sobre llantas de caucho para sortear aquellos parajes que sorteados de baches conectaban poblados y urbanidad.

La espera fue larga y seca, mas una vez se encontró dentro del autobús correcto no quedaba más que esperar el resto del trayecto hasta el centro de la zona metropolitana. La gente subía y bajaba, el polvo y calor acumulándose conforme se llenaban los asientos, y pudo observar lo que cada quién de-

cidía subir y bajar de un lado a otro de la ciudad. Payasos con pintura embarrada sobre la piel por el sudor incomodaban a los pasajeros con bromas desatinadas a cambio de algún alimento o moneda, predicadores se atrevían a modificar la fe de quienes osaran hacer contacto visual, e incluso hubo quien tocara la armónica para todo el autobús, sorprendiendo a su público por darles velozmente la espalda y bajarse sin esperar que le ofrecieran nada a cambio.

Se preguntaba si las personas delante suyo, que equilibraban jaulas con gallinas y brillantes gallos de pelea sobre sus piernas, se sorprenderían igual que el conductor cuando un señor y un niño quemados por el sol pidieron subir junto con ellos un cabrito, atado con un lazo como si fuese un cachorro cualquiera. Dudaba que Remedios Varo pudiera expresar la confusión e indiferencia que uno experimentaba al ser un pasajero más a bordo del transporte público, tan solo con el interés de llegar a su destino.

Pasó discretamente esquivando al resto de viajeros para bajar por la parte trasera del autobús cuando un par de calles distanciaban su bajada del museo, y por fin oliendo a granja, flores, sudor y tierra, pudo encaminarse a la sombra de los grandes edificios de piedra hacia la exposición que le motivaba ese día. Cuando terminó de recorrer la galería y se sentó con escasa impresión a descansar tomando un café entre el resto de visitantes del museo.

“Por supuesto”, pensó cuando terminó de recorrer la galería y se sentó a tomar un café entre el resto de visitantes del museo, “no hace falta pintar al surrealismo si cada día se vive entre lo irracional”.

